

Texto- Salmo 48:1-14

Título- La ciudad santa de Dios

Proposición- Alabamos a Dios por la ciudad de Dios, Su iglesia

Intro- ¿Qué es la ciudad de Dios? Hace muchos siglos, los cristianos pensaban que la ciudad de Dios era Roma, de hecho- porque en los primeros siglos después de Cristo, allí estaban muchos líderes de la iglesia- allí el emperador Constantino legalizó el cristianismo, y la ciudad se convirtió en una ciudad cristiana en vez de pagana- por lo menos, de manera externa. Y la gente consideraba que era la ciudad de Dios. No podían imaginar la posibilidad de que algo sucediera a la ciudad que Dios supuestamente estaba bendiciendo tanto.

Pero en el año 410 Roma cayó- Alarico el bárbaro atacó la ciudad y con sus tropas la saquearon. Y esto causó una gran confusión para los cristianos en ese tiempo- los desanimó muchísimo- no podían entender como Dios permitió que Su ciudad fuera destruida. De hecho, aun cuando había sido amenazada, no pensaban que iba a caer- porque era la ciudad de Dios.

Para responder a estas dudas y confusiones, Agustín, uno de los padres de la iglesia quien vivía durante este tiempo, escribió un libro que se llama, La Ciudad de Dios. Y precisamente lo que él quería comunicar a los cristianos de su día es que la ciudad de Dios no es terrenal, sino celestial, espiritual. Ninguna ciudad física o terrenal ahora puede llamarse la ciudad de Dios. Los cristianos nunca deberían pensar que tienen el derecho a vivir cómodos y sin persecución y tribulaciones en sus vidas o en sus ciudades, porque nuestra esperanza está en el cielo- porque el reino de Dios es espiritual, ante todo.

Es un buen libro lo que escribió Agustín, pero por supuesto no lo voy a predicar- pero la historia es interesante- interesante pensar en este tema y cómo surgió hace tantos siglos. Y también es interesante que a través de los siglos siempre ha sido la tendencia de los cristianos pensar en la ciudad de Dios como algo físico- como una ciudad terrenal, o como algo que nos da beneficios aquí en este mundo.

Y mientras que una ciudad aquí en este mundo puede ser más o menos bendecida por Dios dependiendo de cómo obedece o no a Dios, ninguna ciudad en esta tierra- ni ningún país- es la ciudad de Dios o el país de Dios o lo que sea. Solamente existe un pueblo de Dios, los cristianos, y no todos viven en una misma ciudad o un mismo país. La ciudad de Dios es la iglesia de Dios.

La ciudad de Dios es el tema de este Salmo 48. Vemos su hermosura, su seguridad, y su alegría. En cierto sentido, este salmo es casi un resumen de los anteriores- porque habla de Dios como el gran Rey, como vimos en el Salmo 47. Él es conocido por refugio, así como en el Salmo 46. Va a ser alabado hasta los fines de la tierra, como vimos en los dos salmos anteriores- o por medio de juzgar a las naciones, o si ellas vienen para someterse a Él.

Y así como en los salmos anteriores se menciona la ciudad de Dios, aquí también- pero más. Este salmo está completamente enfocado en este tema- en la ciudad de Dios. Sabemos que era Jerusalén, en los días del salmista- pero como hemos visto, ahora describe el pueblo de Dios- describe a Dios con Su pueblo.

Entonces este salmo describe esta ciudad- pero también describe a su Dios. Y esto es el énfasis correcto- la ciudad de Jerusalén en su tiempo solamente era hermosa porque allí moraba Dios en medio de Su pueblo. Y cuando vemos cómo la ciudad de Dios hoy en día describe la iglesia, es lo mismo. No hay nada especial del pueblo de Dios en sí mismo, sino lo que lo hace especial es la presencia y la bendición de Dios.

Vamos a ver estas dos cosas- sin duda, tenemos que entender el contexto inmediato primero- cómo la ciudad física y terrenal de Jerusalén estaba siendo descrita en este salmo. Pero esto nos ayuda a entender la aplicación espiritual para nosotros hoy en día. Porque toda la Biblia es inspirada y útil. No vivimos en Jerusalén- entonces, ¿este salmo nos puede ayudar? Sí, porque vamos a ver que la Biblia misma nos habla del monte Sion, Jerusalén la celestial, que es la iglesia. Nosotros el pueblo de Dios somos la ciudad de Dios- Él mora en nosotros. Podemos alabar a Dios por la ciudad de Dios, que es Su iglesia.

Vemos primero que

I. Alabamos a Dios por la hermosura de Su ciudad- vs. 1-3

El salmo empieza diciendo, “Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado.” Ésta es una verdad muy general, por supuesto- Dios es grande- superior a todos, porque creó todo. No hay nadie como nuestro Dios, y por eso es digno de ser en gran manera alabado. Así como Él es grande, también en gran manera deberíamos alabarle.

Esto es muy cierto. Pero inmediatamente vemos aquí exactamente cómo el salmista quiere que veamos la grandeza de Dios- cómo deberíamos alabarle- es “digno de ser en gran manera alabado, en la ciudad de nuestro Dios, en Su monte santo.” Deberíamos alabar al gran Dios en Su ciudad, específicamente. Nos explica a qué se refiere, en el siguiente versículo [LEER vs. 2]. La ciudad de Dios es una hermosa provincia. Es el monte de Sion, que es el lugar en donde estaba Jerusalén. Y Jerusalén era conocida como la ciudad de Dios. Primero leemos en II Samuel 5 cuando llegó a ser la ciudad capital de Israel- cuando David subió contra los jebuseos y conquistó Jerusalén y la hizo la capital del país. Y en el siguiente capítulo David trajo el arca allá, mostrando la presencia de Dios con Su pueblo. Así que era la ciudad de Dios- el lugar en donde estaba el símbolo de la presencia de Dios con Su pueblo- y aún más cuando allí construyeron el templo años después.

En realidad, no había nada especial en cuanto a la ciudad. No era la ciudad más grande del mundo, ni la más hermosa. De hecho, ni en sus mejores días bajo Salomón se podía decir honestamente que era “el gozo de toda la tierra”, como leemos en el versículo 2. Pero era una ciudad especial y hermosa porque Dios hizo Su morada allá- solamente por esa razón. Y sabemos que un día Sion será el gozo de toda la tierra, cuando todas las naciones suben a ella, como leemos en Isaías 2. Que no se refiere para nada a la ciudad física y terrenal, sino a la espiritual. Es como leemos en este salmo- por ejemplo, cuando habla de esta ciudad como el gozo de toda la tierra, nos muestra que tal vez el salmista escribió este salmo en cuanto a la ciudad terrenal, pero de tal manera que nos lleva a pensar en la ciudad celestial- en el pueblo de Dios, aun cuando no está en una ciudad específica.

Entonces, podemos aprender que deberíamos alabar a Dios en gran manera en la ciudad de Dios- entre nosotros, Su pueblo- en la iglesia. Él merece la alabanza porque ha hecho una ciudad tan hermosa- hermosa provincia, el gozo de toda la tierra. Ha formado la iglesia por medio de la vida y la muerte de Su

propio Hijo, y por eso es hermosa, y deberíamos alabarle. Así como Jerusalén era hermosa nada más por la presencia de Dios en ella, así es para nosotros la iglesia también. Que alabemos a Dios por lo que ha hecho en nosotros- por cómo nos ha hecho- por la hermosura de la ciudad de Dios.

También habla de la ciudad “a los lados del norte”- aunque Jerusalén no estaba al norte de Israel. Puede referirse al templo, tal vez, que estaba al lado norte del monte. Pero ésta era una manera para referirse al trono, al poder- en el norte. Allí estaba el monte Sion, el monte santo, porque allí está Dios- el Dios conocido por refugio, como dice el versículo 3.

Y esto nos lleva a la siguiente sección del salmo- que

II. Alabamos a Dios por la seguridad de Su ciudad- vs. 4-8

[LEER vs. 4-5]. Habla aquí de uno de los ataques en contra de Jerusalén. No sabemos cuál, porque había muchos a través de su historia. Pero se refiere a un momento cuando “los reyes de la tierra se reunieron,” cuando “pasaron todos”- había muchos. Ellos vieron la ciudad- se maravillaron de ella. Pero más, dice que “se turbaron, se apresuraron a huir. Les tomó allí temblor; dolor como de mujer que da a luz.” Estaban espantados- pero no puede ser por simplemente ver la ciudad misma- había ciudades más grandes, más fortificadas en ese tiempo. Era Dios. El lenguaje aquí es que huyeron aterrorizados. Posiblemente podemos pensar en la historia de Senaquerib, de los asirios, quien vino con sus ejércitos para conquistar a Jerusalén. Y leemos que “Jehová envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de Asiria.” Pero ya si fuera ese evento a que se refiere el salmo, u otro momento cuando Dios defendió a Su pueblo, vemos de manera muy clara la seguridad de la ciudad de Dios. Dios protege a Su pueblo- Dios defiende a los suyos.

Aquí vemos que estos enemigos huyeron espantados y aterrorizados. Y tiene sentido su reacción, cuando leemos del poder de Dios en los versículos 7-8 [LEER]. Habla del dolor como de mujer que da a luz- un fuerte dolor. También es la idea de que los enemigos no podían evitar su destrucción, que iba a venir, sin duda. Y las naves de Tarsis eran las más fuertes y poderosas del mundo en ese tiempo. Pero Dios, usando el viento, puede quebrarlas, así como puede vencer cualquier ataque en contra de Su ciudad.

Ahora, como el pueblo de Dios, también creemos en nuestra seguridad. Vemos esto primero en la salvación- Dios nos ha rescatado del poder del pecado y de la muerte- nos ha salvado para siempre para ser parte de Su familia y también vivir con Él para siempre. El Dios todopoderoso es nuestro Padre- Sus brazos nos sostienen, porque ya somos hijos en vez de enemigos. Y debido a nuestra salvación, como hemos visto tanto en estos salmos, tenemos la confianza de que Dios es nuestro refugio. Sin duda podemos sufrir- Dios no nos promete una vida sin sufrimiento- estamos en la lucha espiritual- pero Dios protege a Su pueblo- hay una seguridad de la ciudad de Dios. Por eso deberíamos alabarle en gran manera- como la ciudad de Dios, disfrutamos de Su protección.

Y en tercer lugar, en los versículos 9-14,

III. Alabamos a Dios por la alegría de Su ciudad- vs. 9-14

Al final del salmo regresamos a un enfoque en el Dios de la ciudad- es Él y Sus atributos que alegran Su ciudad. Y es bueno que el salmo termina así, porque la ciudad de Dios no es tan importante como el Dios

de la ciudad. Ya vimos que no había nada especial en Jerusalén como tal, pero puesto que era la morada de Dios, se describe como hermosa- segura- y por eso la gente podía alegrarse en ella.

Entonces, ¿qué es de Dios que alegra Su ciudad, Su pueblo? Vemos primero, en el versículo 9, Su misericordia [LEER]. Su pueblo se acuerda de Su misericordia- Su fiel amor- pero fíjense que sigue con el mismo contexto- se acuerda “en medio de Tu templo.” Es en el lugar en donde Él es adorado que Su pueblo se acuerda de Sus atributos. Y por supuesto, cuando pensamos en la misericordia de Dios- Su fiel amor- en medio de Su templo- tenemos que inmediatamente pensar en Cristo, nuestro sacrificio. En esos días el templo estaba en Jerusalén, con los sacrificios siendo hechos cada día. Pero nosotros recibimos la misericordia de Dios por medio de un solo sacrificio- cuando Cristo murió por nosotros una vez para siempre y compró nuestra salvación y nos hizo hijos de Dios.

Esto es lo que nos alegra a nosotros también- el pueblo de Dios, la ciudad de Dios. Debido a Su gran amor y debido a la obra de Cristo somos hijos, hemos sido redimidos de nuestros pecados. Dice que Su diestra está llena de justicia, y también leemos de Sus juicios. Dios es justo, Dios juzga el pecado- pero Dios también es misericordioso, y proveyó un sacrificio para que podamos ser salvos de nuestros pecados. Dios es quien alegra la ciudad- Dios es quien alegra a Su pueblo

Por eso Su loor es hasta los fines de la tierra [LEER vs. 10]. Conforme a Su nombre- que refleja Su ser, Su carácter, Sus atributos- Él es loado, alabado, hasta los fines de la tierra. Ya vimos que habla específicamente de Su justicia- “de justicia está llena Tu diestra”- y también de Sus juicios. Por eso “se alegrará el monte de Sion; se gozarán las hijas de Judá.” La ciudad de Dios y sus residentes- el pueblo de Dios- siempre se regocija por quién es- por Su misericordia, Su amor, Su justicia. Entonces, es una ciudad alegre porque el Dios quien mora en ella es así- un Dios perfecto en Sus atributos- un Dios que merece ser alabado. Y queremos que sea alabado hasta los fines de la tierra- que las naciones paganas, que los incrédulos rebeldes, reconozcan su necesidad de este Dios y sean salvos por Él.

Y terminamos pensando en la ciudad de Dios, y su Dios, y cómo reaccionar, en los versículos 12-14 [LEER]. Esta alegría de la cual leemos en el versículo anterior, por quién es Dios, es fortalecida, porque podemos andar por Sion y contar su torres- que habla de su protección. Podemos considerar su antemuro, mirar sus palacios- considerar su grandeza, su poder, su hermosura. Y viendo a la ciudad así, la respuesta correcta es alabar a Dios con gozo.

Y como resultado, como dice, deberíamos contar lo que Dios ha hecho- lo que vemos en la ciudad- a la generación venidera. Este es un tema que hemos visto muchas veces recientemente- en el libro de Josué, así como en los salmos- la importancia de hablar con nuestros hijos y nietos y a los niños en la iglesia de quién es Dios y lo que ha hecho. Aquí, es hablar con ellos del privilegio de crecer en la ciudad de Dios- de estar en la iglesia local desde chiquitos- y así, su responsabilidad a creer en el Dios de la ciudad- creer en el Dios que les puede salvar de sus pecados.

Porque Dios va a estar para ellos también. Va a ser su Dios, si ellos llegan a ser Su pueblo. La ciudad es suya, si son parte de la familia de Dios. Y hermanos, ésta es la mejor herencia que podemos dejar a nuestros hijos- porque la ciudad de Dios no es como una ciudad terrenal que eventualmente va a ser destruida- no es como una herencia física que puede ser malgastada o quitada. Este Dios es nuestro Dios eternamente y para siempre- nunca tendrá un fin- y así, Su ciudad tampoco.

Dice el último versículo que Dios nos guiará, aun más allá de la muerte- Él va a estar con Su pueblo hasta la muerte, pero también después- más allá de la muerte. Por eso nos alegramos como la ciudad de Dios- nos alegramos en Dios, quien es nuestro Dios eternamente y para siempre.

Es impactante que el salmo termina alabando a Dios, no la ciudad de Dios. Es lo que vemos desde el principio del salmo, que también empezó con alabanza a Dios. Porque, después de tanta descripción de esta ciudad, uno esperaría que el salmo terminara hablando más de ella. Pero no, termina hablando de su Dios. Esto es algo muy importante también cuando pensamos en el pueblo de Dios hoy en día. Nosotros somos la ciudad de Dios- la iglesia, el pueblo de Dios. Y no es que somos hermosos por nada en nosotros, sino por lo que Dios ha hecho en Cristo- así como estudiamos en el Salmo 45.

Aplicación- Entonces, un cristiano, leyendo este salmo, no debería quedarse solamente pensando en cómo estaba la ciudad terrenal de Jerusalén hace siglos- en los días de David, y de Salomón. Tenemos pistas aquí que deberíamos entender algo más allá de solamente lo físico. Ya vimos que el mismo pasaje nos prueba esto- en el versículo 2 leemos de Jerusalén siendo el gozo de toda la tierra, que nunca ha sucedido. En el versículo 10, leemos de Dios siendo alabado hasta los fines de la tierra, no solamente de una nación- que vemos en parte hoy en día en la iglesia, pero espera su pleno cumplimiento en el futuro.

Ahora pensamos en la ciudad de Dios como la presencia de Dios con Su pueblo- ahora no en una ciudad física, ni en un edificio, sino en los corazones de Sus hijos, por medio de Su Espíritu Santo. El Nuevo Testamento prueba esto- prueba que nosotros, los cristianos, somos la ciudad de Dios. En Gálatas 4:26 habla de “Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros.” La Biblia toma la ciudad de Jerusalén y la transforma para hablar no simplemente de un lugar físico para los judíos, sino del pueblo de Dios en todo tiempo.

Esto es aún más claro en Hebreos 12:22-24 [LEER]. Aquí es muy claro- el monte Sion es la ciudad del Dios vivo- así como era en el Antiguo Testamento también- pero dice que Jerusalén la celestial. Y describe Jerusalén la celestial como “la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos.” Y no hay mejor descripción de la iglesia- la congregación, o asamblea, de los primogénitos- los escogidos por Dios para ser adoptados a Su familia- que están inscritos en los cielos- tenemos nuestros nombres escritos en el libro del Cordero desde antes de la fundación del mundo.

Por eso, no puede ser más claro que ahora la ciudad de Dios es la iglesia- Jerusalén la celestial es la iglesia, el pueblo de Dios. Y es una mejor ciudad que cualquier ciudad terrenal, o en el pasado o ahora. Y fíjense, Jerusalén sí era importante- de Jerusalén la terrenal vino la salvación, en el sentido de que Cristo fue crucificado fuera de la ciudad. Pero al morir, no salvó solamente a los judíos, sino a los elegidos de todo el mundo. Jerusalén era una sombra, un símbolo solamente, del pueblo de Dios en el futuro- la iglesia.

Y en Apocalipsis 21 leemos de la nueva Jerusalén descender del cielo, “dispuesta como una esposa ataviada para su marido.” No puede ser más claro- ésta es la iglesia, la novia de Cristo. Nosotros somos la ciudad de Dios, cumpliendo en Cristo este salmo. La iglesia es el gozo de toda la tierra- de ella el mundo aprende de Dios, de Cristo, de la salvación. Y queremos que por medio de la iglesia Dios sea loado y alabado hasta los fines de la tierra- que sea el gozo de todas las naciones.

Pero primero tienes que preguntarte- ¿la ciudad de Dios, la iglesia, es el gozo de toda la tierra para ti? ¿Te regocijas en estar con la iglesia en el día del Señor? ¿Te es un gozo estar con aquellos que viven en la misma ciudad? También, ¿estás tomando parte en ser el gozo de toda la tierra, alabando la grandeza de Dios como parte de la iglesia, y en la iglesia, para que los fines de la tierra le conozcan?

Cuando estamos aquí en la iglesia, queremos mostrar este gozo, para que aquellos que vienen puedan ver que hay algo diferente- para que puedan ver el amor fraternal, el amor por Dios. Queremos que nuestra iglesia sea el lugar en donde pueden aprender del Dios quien los creó, y del Salvador quien vino como el verdadero templo- no simplemente la morada de Dios, sino Dios mismo, para ofrecerse a Sí mismo como sacrificio por nuestros pecados. Que nuestra iglesia muestre lo que en realidad es- la ciudad de Dios, con toda su hermosura, protección, y alegría. Que Dios traiga más personas aquí para que puedan conocer al Dios de la ciudad, y ser parte de Su pueblo para siempre.

Si no eres parte del pueblo de Dios, hoy también puedes tener este gozo, y después disfrutar estar en la casa de Dios, en vez de venir solamente porque alguien te ha invitado, o conectarse porque sabes que le hace feliz a tu familiar. Puedes pertenecer a la ciudad de Dios, la familia de Dios, el pueblo de Dios.

Pero ante todo, no queremos enfocarnos tanto en la ciudad que olvidamos al Dios de la ciudad. No es enfocarnos en la iglesia como tal, sino en el Dios de la iglesia- en Cristo, quien es el verdadero templo. Porque esto es lo que pasó con Israel- Israel eventualmente empezó a confiar en la ciudad de Dios, en vez de en el Dios de la ciudad. Confiaban en Jerusalén y sus muros, en el templo y el arca, y así como los cristianos en Roma en los primeros siglos, pensaban que su ciudad no podía caer, no podía ser conquistada, porque era la ciudad de Dios. Empezaron a confiar en el templo físico, el arca física, en vez del Dios cuya presencia estas cosas simbolizaban- y no terminó bien para ellos. Dios abandonó la ciudad física, y el templo. Leemos en Lamentaciones 2:15 lo que pasó- “Todos los que pasaban por el camino batieron las manos sobre ti; silbaron, y movieron despectivamente sus cabezas sobre la hija de Jerusalén, diciendo: ¿es esta la ciudad que decían de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?”, citando el Salmo 48.

Entonces, que no cometamos el mismo error- confiando en la iglesia misma, y menos en un edificio- sino en Dios- en Cristo. Dios moró entre nosotros en Su Hijo, y ahora en nuestros corazones por medio de Su Espíritu. Esto es lo que nos protege, lo que nos alegra- no una ciudad física, no un lugar, sino una persona quien mora en nosotros.

Y esto nos anima también cuando la ciudad de Dios no cumple nuestras expectativas- es decir, cuando estamos desanimados por la iglesia, o solamente vemos sus debilidades y fallas- ya sea la iglesia local, o la iglesia de Dios en general. Porque es un error enfocarnos tanto en la ciudad que perdemos que su importancia depende de quien mora en ella. Que no nos enfoquemos tanto en las personas en la iglesia, y sus pecados y problemas, que perdamos el énfasis en Dios. Quiten sus ojos de los demás, hermanos, y miren a Cristo. La ciudad de Dios es hermosa porque Dios está. La iglesia de Dios es hermosa porque Dios está- no porque no tiene problemas y pecadores e hipócritas.

Y la iglesia, la ciudad espiritual, es mucho mejor que la ciudad terrenal- porque eventualmente Jerusalén sí fue destruida. Leemos aquí de sus torres, su antemuro- todo lo que proveía protección para el pueblo. Pero sabemos que sus muros fueron destruidos, que la ciudad fue quemada con fuego, cuando Dios los entregó a los enemigos por su pecado y desobediencia, y fueron al exilio. Y después sucedió otra vez- porque en el año 70 los romanos destruyeron Jerusalén otra vez.

Pero esto nunca va a suceder con la iglesia- no puede- porque Cristo no puede ser vencido- porque ni las puertas del Hades pueden prevalecer en contra de la iglesia de Dios. No significa que no pasamos por pruebas y tribulaciones, pero ni la muerte misma puede vencerla. Por eso alabamos a nuestro Dios eternamente y para siempre- porque Él nos guiará aun más allá de la muerte.

Y como aplicación final, este salmo también nos enseña de la importancia de vivir en comunidad con el pueblo de Dios. Los cristianos no son individualistas- no vivimos simplemente por nosotros mismos. La Biblia no habla de las casas individuales de Dios- aunque podemos pensar en nuestros hogares, por supuesto. Pero la Biblia habla de la ciudad de Dios- en parte, sin duda, para mostrar que vivimos juntos. Así es una ciudad- y esto entendemos aquí mejor que tal vez la mayoría de la gente en el mundo- entendemos lo que significa vivir en una ciudad. Estamos juntos, si nos guste o no- no podemos vivir sin interactuar con muchas personas- tenemos que aprender a vivir juntos.

Entonces, cuando vemos que la iglesia es la ciudad de Dios, deberíamos entender lo que quiere decir- vivimos en comunidad, no aislados, simplemente con mi relación personal con Dios. La Biblia no habla de esto- la Biblia no enfatiza tu relación personal con Dios- enfatiza que vives ahora en familia, en comunidad- como la ciudad de Dios.

Ahora, no vamos al extremo de algunas sectas, diciendo que literalmente tenemos que vivir en la misma casa grande, o en un tipo de recinto, juntos, sin poder salir, etc. Pero sí es la verdad que vivimos en comunidad. En la iglesia encontramos un lugar de paz y gozo- un lugar hermoso, seguro, y en donde podemos alegrarnos, así como vimos en este salmo. En la iglesia encontramos un lugar en donde podemos estar ocupados, ayudando a otros. Deberíamos estar ocupados en la iglesia, no demasiado ocupados para estar en la iglesia o participar en la iglesia. A veces no queremos, porque no todos nos tratan bien- algunos nos caen mal- alguien nos ofende. Pues, esto sucede cuando vives en comunidad. Pero aun con todos sus problemas, la iglesia es todavía la morada santa de Dios, un lugar apartado en donde está Dios. Entonces, que nos enfoquemos más en Él que en los pecadores que viven en su ciudad- que nos incluye a nosotros.

Conclusión- Entonces, que alabemos a Dios por la ciudad de Dios, Su iglesia. ¿Tú formas parte de la ciudad de Dios? ¿Eres Su hijo, redimido de tus pecados, disfrutando la bendición de ser parte de Su pueblo y vivir en comunidad, con Su protección, gozoso en la vida? Si no, hoy puedes pertenecer a la ciudad de Dios, rogándole por el perdón de tus pecados. Así como leemos en el versículo 14, necesitas que Dios te guíe ahora, y más allá de la muerte.

Y cuando ya formamos parte del pueblo de Dios, parte de la ciudad de Dios, que vivamos como el gozo de toda la tierra- gozosos en nuestras vidas, gozosos en nuestra iglesia- porque tenemos una guía- no solamente para esta vida, sino aún más allá de la muerte. Alabado sea Dios por Su ciudad, y el gozo de pertenecer a ella.